

LA ESPAÑA MODERNA

es la mejor Revista española y la de más circulación.

A partir de 1.º de Enero de 1894 sólo se publican en ella escritos de publicistas españoles y de extranjeros que traten asuntos de España.

Véase el sumario del primer número, y júzguese por él: *Adán y Eva* (novela), por Emilia Pardo Bazán. — *Los Explosivos*, por José Echegaray. — *Don José María Quadrado, su vida y sus escritos*, por M. Menéndez y Pelayo. — *Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas al Quijote*, por José María Asensio. — *La Conquista de Melilla*, por Eduardo Ibarra. — *El Anarquismo y la defensa social*, por César Silió. — *El Español Blanco White*, por W. Gladstone. — *Crónica internacional*, por Emilio Castelar. — *Impresiones literarias*, por F. F. Villegas. — *Obras nuevas*.

El Sr. Menéndez y Pelayo queda encargado de escribir en todos los números la "Revista crítica de la literatura," y el Sr. Echegaray las cuestiones científicas.

Precios de suscripción.—En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas. — En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, enviando el importe á la Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Se suscribe á LA ESPAÑA MODERNA en la Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid.

Director: J. LÁZARO

Avrial, impr.—S. Bernardo, 92.



DESPEDIDA

TRES años se ha publicado el NUEVO TEATRO CRÍTICO, que hoy suspendo por tiempo indeterminado, sin que á la hora presente me sea fácil presumir cuándo lo resucitaré.

Que la labor era ruda, lo reconocieron todos, y me lo advirtieron más de una vez personas bien intencionadas, temerosas de que mi salud acabase por resentirse de un trabajo tan constante como impropio. Así y todo, yo que puedo mejor que nadie saber hasta dónde alcanzan mis fuerzas, nunca creí que las agotase el producir unas ciento cincuenta cuartillas al mes, y el leer, ó el hojear, casi otros tantos volúmenes en igual plazo. No atribuyo al TEATRO CRÍTICO, y menos al TEATRO CRÍTICO de 1893, en el cual, no

sín previo aviso, he intercalado mucha prosa que ya había visto la luz en otras publicaciones (especialmente cuentos), el quebranto de mi energía física, quebranto advertido este verano y que me obliga á proporcionarme, más aún que reposo, libertad en la labor de 1^a pluma. Tal cual hoy me encuentro de fuerzas y de intención, no me atrevo á sujetarme á un trabajo periódico, ni á imponerme deberes de puntualidad que acaso no me sería fácil cumplir. Con este número quedan cubiertos mis compromisos: seis cuadernos he prometido dar en 1893; el presente es el último del año.

Si de las razones privadas que tengo para suspender el TEATRO CRÍTICO paso á otras razones públicas y objetivas, diré que, al revés del hidalgo manchego, que creía muy necesarias y urgentes en el mundo sus hazañas, se me figura que las mías, en este momento, no son del todo indispensables. Nuestra patria se ha despegado bastante de la literatura: el que lo dude, que se lo pregunte á los libreros y á los editores. Entiéndase de la literatura en general; no de tal ó cual autor,

sino de todos; de todos, sin excepciones honorosas; y quien lo niegue, lo negará por pruritos de inocente vanidad, que nunca deben impedirnos reconocer y proclamar los fenómenos sociales, cuando los comprobamos en nuestra órbita propia. Claro está que para ciertos autores, tal vez para media docena, no es aún mal negocio publicar libros; pero no ha de mirarse la cuestión tan estrecha y servilmente; un autor no puede conformarse con que un libro represente para él una ventaja pecuniaria; si á eso se reduce su galardón, con aceptar un destino en las oficinas del Estado ó emprender cualquier tráfico de bajo vuelo, saldrá mejor mil veces; y cabalmente así procede la inmensa mayoría de los autores españoles, quienes ponen en un platillo de la balanza el fruto posible de su actividad literaria, en el otro el de actividades más ínfimas pero más seguras, y optan—naturalmente—no por lo que apenas da ni honra ni provecho, sino por lo reproductivo.

Aspira el escritor, no sólo á no arruinarse en ediciones y á sacar rédito del capi-

tal invertido, sino á abrir surco donde vea germinar algo; á ser entendido, estimado, interpretado, y, si no aprobado, seriamente discutido; tomado en cuenta, admitido ó rechazado, pero no indiferente á sus lectores. Y hoy—triste es decirlo—por una serie de circunstancias que concentran toda la atención en los problemas sociales y económicos (más bien en sus inmediatas y aflictivas consecuencias, que en sus soluciones y remedios), lo cierto es que no está la Magdalena para tafetanes, ni España para literaturas, artes y ciencias. La obra sale á plaza entre el silencio de la multitud; apenas si un beodo alza la ronca voz profiriendo injurias..., único premio que aquí se recoge, y único y triste aliciente (porque la indignación también inspira, lo dijo el gran satírico) que á veces impulsa á coger la pluma y á seguir la vocación natural...

Este estado, que los pensadores llaman decadencia y los industriales crisis, nadie puede calcular cuánto durará. Sería infundado pesimismo considerarlo eterno; sería infundado optimismo pensar que se aliviará

de la noche á la mañana. Adondequiera que se mire, se ve el horizonte cerrado y sombrío. Témesse la bancarrota y el curso forzoso del papel moneda: siéntese la humillación de un *modus vivendi* que nos mortifica antes de arruinarnos completamente: obsérvase en todo la influencia de los cambios altos, que nos aislan de los países cultos, haciendo difíciles los viajes, y vejatoria y *penal*, por decirlo así, la estancia en el extranjero; merman los descuentos todo ingreso, hasta el puramente aleatorio de la lotería, y no hay goce ó necesidad que no lleve su multa: multa á las entradas del teatro, multa á los telegramas, multa á los recibos, multazo á las cédulas, multazo á los coches y multazo á los billetes del ferrocarril, que después de diez y ocho años de paz continúan satisfaciendo el impuesto de guerra... Mas no hablemos de ahogos y escaseces, de industrias paralizadas y de contribuyentes exprimidos hasta un punto que se comprenderá con el dato sencillo y aterrador de que un pobre labriego de mi tierra, que seguramente no consume entodo el año valor de cien pese-

tas, paga *trescientas* de consumos; olvidemos también la apocalíptica dinamita, que no es sino un incidente económico; adoptemos un punto de vista más elevado, más poético, más generoso, y consideremos qué depresión moral tiene que caer sobre una nación cuando le sucede lo que á nosotros nos está sucediendo en Africa.

¿Quién no leyó, en verso ó en prosa, todo aquello de que hemos sido señores del mundo, con lo otro de que el sol no se ponía en nuestros dominios, y por contera lo de nuestro leonino valor y nuestro heroísmo que al orbe asombra? De tantas proezas — algunas bien recientes, — de la gloria que ganamos derrochando nuestra sangre y comprometiendo nuestro porvenir, lo único que quedaba en pie era nuestro prestigio en la antigua Mauritania Tingitana. Si apenas se contaba con nosotros para la política internacional europea, en Marruecos todavía éramos alguien, una fuerza, un interés, una potencia de la cual no se acertaba á prescindir. Desde esta que enfáticamente llaman algunos campaña, hemos perdido el postrer

jirón del manto de púrpura bordado de oro: no lo perderemos materialmente en algún tiempo, bien lo sé: pero moralmente, ya no flota sobre nuestros hombros: estamos anulados en Marruecos.

Los sucesos de Melilla—imprevistos para la nación, y más todavía para los gobernantes, en quienes la imprevisión es delito, por no decir crimen—han descubierto bruscamente las deficiencias de nuestra organización militar, reflejo por otra parte de nuestro estado general, porque nunca son aislados estos fenómenos. Aquí donde Guerra y Marina se llevan la nata del presupuesto, se ha visto que no podemos guerrear ni contra el Riff. Se ha visto la desproporción inverosímil entre el número de soldados y el de jefes; lo atrasado y escaso del armamento; las dificultades de la movilización; lo tardío del transporte de bastimentos y pertrechos de guerra. Se ha visto (como si no tuviésemos ejército) la defensa del honor patrio encomendada á presidarios, que, si á fuer de españoles supieron no economizar su vida, mal podrían despo-

jarse en el combate de aquella misma ferocidad que les llevó á cumplir condena. Se ha visto, de pronto, esta ferocidad terriblemente castigada; se ha derramado por españoles sangre española, pero sigue impune la barbarie de los salvajes moros que hicieron escarnio de nuestra bandera y cometieron con nuestros soldados, vivos y muertos, demasías mejores para calladas que para indicadas siquiera aquí. Se ha visto que la culpa del conflicto en mal hora provocado se la devolvían como pelota el general al ministro y el ministro al general, sin que á estas fechas se haya depurado la responsabilidad de nadie, ni sepamos por qué nos amenazó el rojo espectro de la guerra, como no sabemos por qué se cierne hoy sobre nosotros el pálido espectro de la paz. Se ha visto elevar hasta las nubes, á título de hazañas, sencillísimos incidentes de las primeras hostilidades, unos cuantos disparos de cañón, temibles sólo para el bolsillo, ofendiendo con la anticipada hipérbole ó *rodomontade espagnole* á la verdadera valentía, que existe y sólo aguarda ocasiones se-

rias para manifestarse y acendrarse. Se ha visto que, en esta tierra esquilada por el fisco, el Tesoro sin duda no puede pagar fusiles, y son los ayuntamientos y las diputaciones quienes los ofrecen, como si tales fuesen las circunstancias, que, para rechazar al invasor, hubiese que renovar los sacrificios de 1808, y declarar el alcalde de Móstoles la guerra al Sultán marroquí. Por último, se ha visto, y se ve, y se verá, que es lo más triste, con serlo todo hasta tal punto, que por las señas este conflicto va á arreglarse como se arreglan las cuestiones de orden público, en que se atiende á la tranquilidad y al sosiego antes que á la honra, y se eligen los más benignos temperamentos por evitar choques dentro de casa. Paz que no llamaré vergonzosa, pero sí vergonzante; turbia negociación en la cual también las responsabilidades, sobrado pesadas para que nadie las acepte íntegras, van rebasando del Gobierno, y tal vez con secreta satisfacción del Gobierno mismo, á á recaer sobre lo más alto, donde más dañan, donde nunca recaer debieran, por-

que para eso precisamente son responsables los ministros.

La cuestión de África no quedará resuelta, sino sofocada, ó, mejor dicho, aplazada, por el cómodo sistema ya clásico: la diplomacia, después de pedir mucho, se contentará con dos pesetas; y la única ocasión (ocasión mal buscada, lo reconozco) que de veinte años acá se nos ha presentado para justificar pretensiones que ya no tienen más fundamento que la tradición, se habrá desperdiciado dejándonos en el alma un sentimiento de humillante amargura. Y como tampoco sabremos lograr por vías pacíficas el influjo que en África nos corresponde, bien podemos decir que aquí dió fin la secular y nacional epopeya de "moros y cristianos".

Abatido el espíritu, no puede gallardearse mucho la vida del entendimiento y la prosperidad artística de una nación. Escéptica y desalentada, sin fe política, sin cimientos para el orgullo patrio, España propenderá cada día más á buscar fuera de sí misma las pocas satisfacciones espirituales que nece-

site. Día llegará en que nuestras letras, como ya le sucede á nuestra ciencia, no reflejen sino la vida de pueblos más alentados y más dichosos. El expresivo síntoma de que no aparezca aún la generación que ha de continuar nuestras tareas, basta para prueba de que no son aprensiones de cansado veterano las que nublan nuestros ojos y apagan nuestro entusiasmo, precisamente cuando necesitaríamos valor y estímulo para luchar con esta postración y regenerarlo todo.

El NUEVO TEATRO CRÍTICO jamás pretendió ser demostración de nuestra vitalidad literaria: su oficio era más modesto; limitábase á llevar el alta y baja de esa vitalidad, sin rigor inoportuno, sin sahumeros que son complicidades, sin pasión, sin descortesía, respetando el esfuerzo y el mérito contraído, no zahiriendo jamás, prescindiendo de las personas y ciñéndose exclusivamente al análisis de las obras. Séale tenida en cuenta esta honrada conducta. La única redactora del TEATRO conservará siempre el recuerdo de las pruebas de cariño,

respeto y simpatía que ha debido á sus constantes lectores; pruebas tan halagüeñas á veces, que á pesar de lo mucho que necesito el descanso, siento pena al cortar esta comunicación asidua con una escogidísima parte del público español.



INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

CIENCIA

- Derecho internacional público moderno*; obra escrita en alemán por el barón Leopoldo de Neumann; traducción, prólogo y notas de Aniceto Sela.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).
- Derecho internacional privado*, por T. M. C. Asser, profesor de la Universidad de Amsterdam; obra completada por Alfonso Rivier, profesor de la Universidad de Bruselas; traducción, prólogo y notas de Joaquín Fernández Prida.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).
- Las Instituciones eclesiásticas*, por Herbert Spencer, versión directa del inglés, con notas.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).
- El Fonetismo y la pedagogía*, por Onofre A. de Naberán.—Folleto.—Guernica (Vizcaya), 1893.
- La Responsabilidad de las histéricas*, por el Doctor A. Velázquez de Castro.—Folleto.—Granada, 1893.
- El Rey pueblo.—Diálogo político*, por Emilio Nieto.—Un tomo.—Madrid, 1885.
- Del uso de los baños de mar en los niños*, por el Doctor Brochard. Segunda edición española, anotada y seguida de un apéndice, por el Doctor Manuel Tolosa Latour.—Un tomo.—Madrid, 1893.
- Método Cortina para estudiar el inglés en veinte lecciones*, por R. Díez de la Cortina, prólogo de D. Emilio Castelar. Segunda edición.—Un tomo.—Nueva York, 1893.